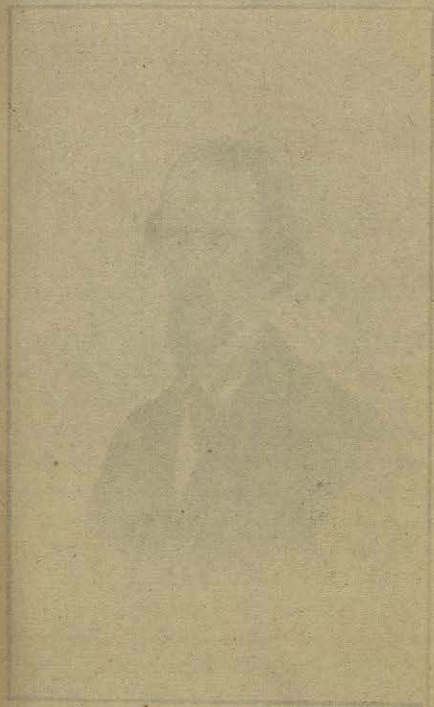




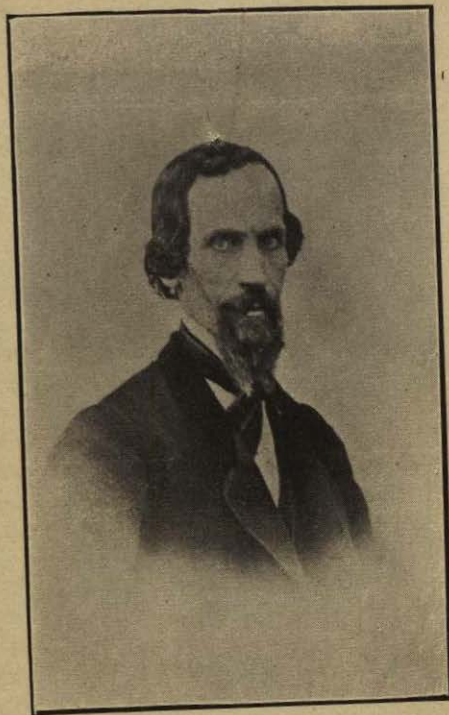


LORENZO HIDALGA



Lorenzo de H. Hidalgo





Lorenzo de la Hidalga



## LORENZO HIDALGA

---

Durante el segundo tercio del siglo que acaba de fenecer, brilló en México un arquitecto de tan sólidos conocimientos como buen gusto, y el cual no solamente restableció las formas amplias y majestuosas propias de la arquitectura de la época colonial, sino que acertó á dar á las construcciones el carácter propio de su índole y destino. Este notable arquitecto fué el español D. Lorenzo de la Hidalga, autor del Teatro Nacional, de la cúpula de Santa Teresa, del antiguo Mercado del Volador, de la casa de Guardiola y otros edificios privados, del pedestal de la estatua de Carlos IV, de las fuentes del jardín del Zócalo, y de los proyectos para una Penitenciaría y un monumento conmemorativo de la Independencia, etc.; obras todas que patentizan su indiscutible mérito.



Nada puede dar tan cabal idea de la prostración á que al presente han llegado las Bellas Artes en México, como el poco aprecio con que hoy se miran por la generalidad y aun por los mismos técnicos, las obras de D. Lorenzo de la Hidalga. Algunas de éstas ya han desaparecido, otras han sido alteradas ó son objeto de radicales transformaciones y, á juzgar por tales mudanzas, nada remoto sería que de su labor artística no quedara á la postre vestigio ni memoria siquiera. El mismo adverso hado pesa sobre la sólida, variada y majestuosa arquitectura que fué legado de los siglos virreinales, cuyas bellezas parecen como libro cerrado lo mismo para el indocto vulgo que para la mayoría de los que entre nosotros cultivan las nobles artes.

A preservar del olvido la memoria del ameritadísimo arquitecto Hidalga se encaminan las presentes líneas, en las que se dan á conocer datos personales suyos tan auténticos como ignorados. (1)

Ha de conceptuarse que el extranjero que por cualquier medio haya coadyuvado al adelanto de nuestro país, merece por ese solo hecho ser equiparado á los nacionales y es acreedor á toda manifestación significativa de la gratitud pública. En tal

(1) Al señor arquitecto D. Ignacio de la Hidalga, hijo de D. Lorenzo, debemos la mayor parte de dichos datos.

caso hállase lo mismo el escultor-arquitecto Tolsa que el arquitecto Hidalga. Uno y otro, si bien españoles de origen, hicieron de México su patria de adopción y á ella consagraron su total labor artística. A los mexicanos nos atañe de consiguiente, discernirles aquellos honores que tributaríamos á un esclarecido compatriota nuestro. La presente biografía es, pues, como un justo homenaje rendido al notable arquitecto español; pero al mismo tiempo, encaminase á conservar ciertas interesantes noticias relativas á nuestra historia del arte, expuestas á perderse, como han desaparecido las referentes á la mayor parte de las construcciones antiguas que decoran la capital de la República, varias de las cuales, seguramente, se enorgullecerían de poseer ciudades más suntuosas que la nuestra.

Nació D. Lorenzo de la Hidalga y Munitu en la Provincia de Alava, cerca de Vitoria, el 4 de Julio de 1810, perteneciendo sus padres á la sana y laboriosa raza vascongada. Ya crecido y habiendo dado claras muestras de su inclinación y buena disposición para el arte, trasladóse á Madrid donde cursó los estudios para obtener el título de arquitecto. Otorgóselo el 31 de Enero de 1836 la Real Academia de San Fernando, siendo D. Lorenzo de edad de 26 años. Deseoso de ampliar sus



conocimientos y como dispusiera de algunos bienes de fortuna, á poco trasladóse á París, y bajo la dirección de Mr. Labrousse, autor de la biblioteca de Santa Geneveva, hizo nuevos estudios en la capital de Francia, donde la arquitectura hallábase á la sazón en cierto apogeo y donde habíanse levantado algunos edificios de construcción moderna. La vista de aquellos edificios que satisfacen las necesidades nuevas de las grandes capitales, así como el trato con arquitectos como Labrousse, Edmundo Blanc, el célebre Violet-le-Duc y otros con quienes trabó amistad el Sr. Hidalgo, debieron ensanchar sus conocimientos é influir grandemente para que más tarde se le hubiese facilitado emprender obras de la importancia y novedad de las que llevó á cabo en México.

Con la idea de realizar mayores adelantos, disponíase á partir para Italia, cuando por intereses de familia fué preciso variar de rumbo y pasar á México por determinado tiempo. Llegó, pues, á la República el 21 de Mayo de 1838.

Difícil por extremo es que un sujeto del saber, laboriosidad y demás prendas del Sr. Hidalgo, llegue á un país sin encontrar lisonjera acogida y sin que dejen de ser solicitados sus trabajos; y así fué que, mientras que los hombres de empresa le daban bien pronto ocupación lucrativa al archi-

tecto, las mejores familias abríanle las puertas de su casa al caballero; y ambas circunstancias fueron parte á retenerle en nuestro país, en donde al cabo fijó su residencia definitivamente. No mucho después de haber llegado á éste uniósese en matrimonio con Doña Ana García Icazbalceta, hermana del sabio historiógrafo y castizo hablita D. Joaquín García Icazbalceta, de cuyo enlace tuvo el Sr. Hidalgo cuatro hijos, dos mujeres y dos varones, Ignacio y Eusebio, que siguieron la misma carrera que su padre.

Los primeros trabajos que se le encomendaron y que llevó á cabo fueron, el Ciprés de la Iglesia Catedral y el Mercado de la plaza del Volador. Ni el uno ni el otro pueden reputarse sus mejores obras, no obstante hallarse en aquéllas observados los buenos principios arquitectónicos y notarse en ambas cierta adecuada conveniencia con sus respectivos objetos; esto es, siendo y pareciendo el altar altar y el mercado mercado; mas al primero que aún se conserva intacto, cabe hacerle no pocos reparos, especialmente por su segundo cuerpo que afecta la muy ingrata forma de garitón ó cosa semejante, ser el todo de un material de tan poca riqueza como la simple piedra estucada, llevar colores demasiado vivos é inarmónicos, como el verde malaquita, el azul turquesa, el amarillo jalde y el negro



veteado; ostentar sobre el tabernáculo esculturas de santos, con manifiesta contravención á las más primordiales prescripciones litúrgicas y, en fin, presentar un conjunto en absoluto desacuerdo con el estilo de los antiguos retablos churriguerescos de que aun quedan en la misma Catedral ostensibles y sobresalientes muestras, como los muy bellos de la capilla de los Reyes y altar del Perdón. Debemos alegrar en descargo del arquitecto, que tuvo que ajustar su obra á las indicaciones y caprichosos gustos de los dignatarios del cabildo eclesiástico, entre quienes sólo por rarísimo caso suelen encontrarse personas fieles al arte.

Con el Mercado del Volador, que ha sido destruído en parte, para levantar en la misma una inacabada construcción tan aparatosa como pesada, que con su impertinente masa hace desmerecer al Palacio Nacional á ella contiguo, sin granjearse nada en su provecho; presentóse, si no el más acabado tipo de esta clase de edificios tal como hoy se exigen, por lo menos, dicho Mercado, no fué del todo inadecuado para su época, ni dejó tampoco de estar en relación con los no cuantiosos fondos de que entonces disponía el Municipio.

Apenas habíase terminado su fábrica, cuando, merced á la iniciativa del animoso empresario D. Francisco Arbu y á la valiosa ayuda del presidente Santa Anna,

ció comienzo nuestro arquitecto á la construcción del Teatro Nacional, su mejor obra sin duda, y el único edificio del México independiente, que por su magnitud é importancia y por la rara perfección con que llegó á ejecutarse, pudo competir con los admirables templos y palacios debidos á la Conquista. El 10 de Enero de 1844 solemnemente inaugurábase la vasta y suntuosa construcción, á los dos años de haberse puesto la primera piedra. Estimóse su costo en la suma de 351,000 pesos.

Dificultades no pequeñas ofrecía levantar un edificio de la naturaleza del que se demandaba, no ya con respecto á su magnitud, sino muy principalmente, porque su traza, disposición y formas tenían que diferir en un todo de las construcciones hasta entonces usadas en México y en las capitales de Europa. A la sazón no eran en éstas como en la actualidad, numerosos los grandes teatros que pudieran ofrecerles un tipo que imitar á los constructores. No habían surgiendo entonces todavía á cautivar las miradas, ni el Teatro de la Gran Opera de París ni el Teatro Imperial de Viena, acabados ejemplares en su género; y si bien al promediar el último siglo existía ya en París el Teatro Francés, construído por Victor Louis desde 1780 y restaurado por Fontaine en 1823, y en el que habían quedado planteados los principales motivos del



teatro moderno; mucho distaba sin embargo, de ofrecer un prototipo ni de comodidad, ni de belleza. Hidalgo supo aprovechar cuantas enseñanzas le suministrará la obra de Louis y de Fontaine, pero al hacerlo, perfeccionóla y superóla con mucho en amplitud, en comodidad y en gentileza. El mérito de nuestro autor estriba, pues, en haber sabido aprender y en haber sabido mejorar; en haber introducido todas las partes necesarias á un gran teatro, y en haber dotado el suyo de grandioso pórtico, de amplio vestibulo y desahogado atrio, de cómodas escaleras y pasillos, bien proporcionada y elegante sala de espectáculos, sin omitir ni el plafond ni el foyer; del escenario, en fin, y sus dependencias, con capacidad bastante á contener un personal tan numeroso como se requiriese.

La novedad del edificio de Hidalgo no consistió únicamente en su traza y disposición, sino en haberlo caracterizado cumplidamente por medio de la fachada. El complemento y remate de un edificio, su verdadero sello artístico está, en que por medio de sus formas exteriores se acuse claramente su destino, se marque, por decirlo así, su peculiar fisonomía. Un palacio público que por su aspecto parezca habitación privada, un templo que semeje teatro, un teatro que despierte idea de cárcel, serán otros tantos despropósitos. Las

cosas todas no solamente han de ser, sino que han de parecer aquello mismo que son en la realidad.

Mucho se ha disertado y sigue disertándose acerca del estacionamiento de la arquitectura durante la época moderna, á causa de no haberse inventado en ella ningún nuevo estilo semejante al ojival, al árabe ó al del Renacimiento; pero los que tal piensan, paran la atención en un hecho sólo, sin fijarse, en cambio, en que á la época moderna corresponde la invención de formas arquitectónicas antes no conocidas ó, mejor dicho, la adaptación de las antiguas á las necesidades nuevas de la sociedad contemporánea. Los museos públicos, las estaciones de ferrocarriles, los almacenes de comercio, las bibliotecas, los teatros, los bancos, las cámaras legislativas, etc., son creaciones de nuestros días bien definidas y caracterizadas, en términos de no confundirse las unas con las otras; y á los grandes arquitectos contemporáneos débense tales innovaciones que constituyen un progreso señalado para la arquitectura de nuestros días.

No es, de consiguiente, corto el mérito que á Hidalgo le corresponde por haber tenido el acierto de caracterizar el gran edificio que le fué encomendado, con las adecuadas formas que adoptó para su fachada. Al efecto, valióse del mismo recurso á que



se ha acudido más adelante, para darles conveniencia y propiedad á los más notables edificios públicos de la época presente: el robusto y majestuoso orden colosal. Pero utilizólo con tal espontaneidad y tan sobria sencillez, que en su empleo no se denuncia el menor esfuerzo imaginativo de parte del constructor.

Puso como pórtico, cuatro elevadas columnas de once varas de altura por algo más de una de diámetro suficientemente espaciadas, y las que, abarcando dos pisos, sustentan un gran entablamento corintio, que corresponde al propio orden que sus capiteles. Acompañan á este sencillo y grandioso pórtico, accesible por una escalinata de poca altura, los dos cuerpos laterales del edificio, consistentes en un muro almohadillado en parte y en parte liso, con tres grandes puertas en arco el piso inferior y tres balcones rectangulares el segundo. Háyanse encuadrados dichos cuerpos, por dos pilastras corintias cada uno, que al ascender á igual altura de la columnata, forman con ésta los ocho grandes soportes en los que, por el intermedio del entablamento central y de las cornisas laterales, descansa el tercer piso. Este viene á ser un ático propiamente dicho, y en el cual igualmente, aparecen balcones rectangulares alternando con pilastras pareadas, quedando abarcados todos por una

sola balaustrada que corresponde á poco menos de toda la anchura del frente.

La fachada en su totalidad, presenta cincuenta varas de ancho por veintiuna de alto; y su mayor originalidad estriba principalmente en la sobria columnata y en no rematar en frontón triangular, trivial recurso demasiado empleado en los edificios públicos. Conforme al proyecto del autor, unas grandes estatuas alegóricas deberían romper la uniforme línea horizontal del remate.

A todo aquel que sienta la armonía de las buenas proporciones, no podrá menos de atraerle grandemente el exterior del Teatro Nacional, apesar de su severa sencillez, exenta de toda ornamental hojarasca, y á pesar también de no presentar ningún remate anguloso en el centro; así como no se cansarán de repetir que es mezquino el último cuerpo de la construcción, los que desconozcan las especiales condiciones de altura que un buen ático requiere. (1)

(1) Si se aumentara la altura del tercer piso del Teatro, como no faltó quien lo propusiera, por la natural relación de unas partes con otras, no se efectuaría aquel cambio sin que al mismo tiempo forzosamente se empuqueñeciera la columnata; á la manera que ha sucedido con el piso principal del Palacio Nacional, á consecuencia de las reformas hechas llevadas á cabo en la fachada correspondiente á la calle de la Moneda; al agrandarse los balcones y ventanas de los dos primeros pisos,



Tanto más habrá de apreciarse el mérito del Sr. Hidalgo por haberle dado apropiado exterior á su Teatro, cuanto que hoy mismo, después de los adelantos realizados en el arte de la construcción, los arquitectos nacionales no aciertan con las formas que más convienen á los edificios conforme á su índole y destino; y á cuantos edificios públicos construyen, no les dan otro aspecto que el de simples casas privadas más ó menos espaciosas. Así, pues, el cargo que al presente puede lanzarse en contra de ellos, no es solamente el que levanten construcciones de apariencia mezquina, poco sólidas y faltas de aquella belleza que no se obtiene sin las buenas proporciones, sino principalmente, el de dar idéntico aspecto á cuantos edificios proyectan y construyen. Con efecto, si pasamos una rápida ojeada por las construcciones públicas recién levantadas en la capital de la República, podrá advertirse, que se ha edificado una Penitenciaría, cuyas apariencias son las de una habitación privada, que se han construido dos Bancos, el Central y el Hipotecario, con esa misma cir-

---

por un natural efecto óptico los balcones del tercero ó principal, hanse achicado, sin embargo de no haberseles hecho ninguna modificación; contrariando así la mente del primitivo arquitecto, que con mejor acuerdo quiso dar la mayor importancia al piso noble del Palacio.

cunstancia; que desde los cimientos acaba de levantarse un Palacio de Justicia del ramo penal, con su interior y exterior en poco diferentes de los que podrían ofrecer las más vulgares vecindades; ¿qué más? proyectóse por uno de nuestros más hábiles arquitectos el Palacio del Poder Legislativo, y la idea que presidió en todo á su plan y desarrollo, no fué otra que la de una habitación propiamente tal, con sus relativamente estrechas escalinatas, sus reducidos ingresos, sus diversos patios, sus incontables balcones, su elevadísima escalera interior, sus corredores, ascensores, sobrepuestos pisos y entresuelos, etc. (1) Todo ni más ni menos que si se tratara de una simple casa habitación, siquier fuese gigantesca. ¡Cuán diverso es el aspecto que en un todo presentan el Reichstag de Berlín, las Cámaras Legislativas de Viena, el Palacio de Justicia de Bruselas, por no citar otros ejemplares en los que las formas materiales de la fábrica concuerdan y armonizan con su idea generadora!

El inmoderado afán de novedad, que tantos destrozos ha consumado y seguirá consumando, ha hecho que en estos días se haya llevado á cabo la completa demolición de la sala, el proscenio y otros anexos del Teatro Nacional. Lo que demandaba

---

(1) Proyecto de D. Emilio Dondé presentado en 1900.



una prudente restauración y, á lo sumo, reformas de mero ornato y comodidad, ha quedado destruído; y de la mejor obra arquitectónica del México independiente no restan ya sino escombros. (1) Con ruda mano borróse una interesante página de la historia del arte. Nadie podrá garantizar que la nueva construcción supere ó siquiera iguale, la belleza, la solidez y las ventajosas condiciones acústicas que avaloraban la de Hidalga: ¡Ay! qué falta les ha hecho á edificios como el Teatro Nacional, como el Hotel de Iturbide, como el palacio de los Azulejos y otros semejantes, aquel tarjetón que pedía el poeta con esta leyenda: "En nombre de los poetas y de los artistas, en nombre de los que sueñan y de los que estudian, se prohíbe á la civilización (ó á la barbarie, que tanto monta) que toque una sola de estas piedras con su mano demolidora y prosaica. . . ."

Habiéndose derribado á consecuencia del fuerte terremoto del 3 de Abril de 1845, la cúpula de la capilla de Santa Teresa, obra atrevidísima del primer profesor de arquitectura de la Academia de San Carlos, D. Antonio González Velázquez, no quedando de ella sino los cuatro arcos y sus pechinas, confiósese su reposi-

(1) De la demolición encargóse el Sr. Ingeniero militar D. Gonzalo Garita por disposición del Ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas.

ción á D. Lorenzo de la Hidalga, quien en breve tiempo dió cima al encargo. (1) La cúpula que substituyó á la antigua, y que hoy constituye uno de los mejores ornamentos de la capital, á juicio de los que una y otra conocieron superó en elegancia, si no en atrevimiento á la de Velázquez, por más que la de Hidalga, con sus cuarenta y nueve varas de altura, tampoco se halle exenta de osada gallardía.

Tanto como por los monumentos públicos, hizose notable nuestro arquitecto por sus construcciones privadas; y las casas de particulares que á él se deben, en las que campea cierto sello de originalidad y de magnificencia, son las siguientes, según el orden de su construcción: la de la calle primera de San Francisco número 9, llamada de Barrón, (2) la de la Palma número 11, donde hoy se halla el Casino francés, la de la glorieta de Carlos IV, inmediata á la antigua Plaza de Toros, casa en la actualidad desaparecida y reemplazada por una de las más petulantes, desgarbadas y contrahechas que se hayan le-

(1) Promovió y atendió la restauración una junta de la que formaban parte: D. Germán Landa, D. Leonardo Fortuño, D. Rafael Ortiz de la Huerta, D. Joaquín Primo de Rivera, con otras personas prominentes. Casi todos los gastos de la obra de arquitectura y el decorado, que desempeñó el pintor Cordero, cubriéronse con limosnas de la piedad pública.

(2) Los "mansart" que tiene, son un impropio aditamento reciente.



vantado en estos tristes días en que imperan la vulgaridad, la ignorancia, el mal gusto, y en que fácilmente se consuman los mayores desatinos artísticos; la de la calle de Capuchinas número 3, que ofrece cierta semejanza con la monumental de la primera del Indio Triste, fabricada por el arquitecto italiano Bezossi y ventajosamente modificada por el propio Hidalgo; la que éste destinó para residencia suya, en los números 1 y 2 de la calle de Buenavista, y que ha sufrido desastrosas alteraciones, y por último, la casa de Guardiola, cuyos planos primitivos se han atribuido al arquitecto mexicano Ramón Rodríguez Arangoity. (1)

(1) No hemos podido esclarecer suficientemente el punto relativo á quién fué el autor de los diseños primitivos de la casa de Guardiola; y así, sólo diremos que el dueño de dicha casa D. Vicente Escandón, encargó á Rodríguez sucesivamente varios proyectos para la misma, y que, bien por no haberle satisfecho del todo esos proyectos, bien por no inspirarle Rodríguez como constructor, toda la confianza necesaria, ó por ambas cosas á la vez, confióle la dirección de la obra al Sr. Hidalgo, quien dirigió la construcción, acaso introduciendo acertadas variantes en lo primeramente ideado por Rodríguez. El edificio en cuestión es sin duda, uno de los más bellos y llamativos de la ciudad, especialmente por su pórtico central y "loggia" con hermosa columnata corintia. El interior es tan suntuoso como bien dispuesto, ofreciendo la cómoda particularidad de otras casas debidas á Hidalgo, de tener la escalera inmediata á la puerta de ingreso y antes del patio. Los leones y perros de bronce que se ven como remate

Uno de los trabajos de Hidalgo que más encomio merecen, es el pedestal para la estatua ecuestre de Carlos IV, así como la traslación de ésta y la elección del ventajoso sitio en que hoy luce la magna escultura. El pedestal es tan severo como grandioso, y por extremo adecuado para la obra que sostiene y ostenta. Por desgracia acábase de cometer el craso error de levantar sin necesidad el piso de la glorietta donde se encuentra la estatua, quedando por consecuencia, hundido parte del basamento y perdidas sus proporciones.

Las cuatro elegantes fuentes de la plaza del Zócalo, son también debidas al talento y buen gusto de Hidalgo; y no sería nada remoto que por lo mismo que tienen algún valer artístico, se las viese desaparecer cualquier día, con la facilidad con que aquí se llevan á término atentados semejantes.

La Penitenciaría de León y la capilla de la Hacienda de Salinas del Peñón Blanco, se construyeron conforme á los planos dados por nuestro autor; y él mismo en 1850 proyectó sabiamente, mereciendo su proyecto la aprobación de la Junta Directiva de cárceles, el edificio que había de servir

de la fachada, y que por impropios del sitio en que se hallan merecen censura, pusiéronse por mero capricho del dueño y en contra del dictamen del arquitecto encargado de la obra.



de Penitenciaría en esta capital y conforme con el excelente sistema de Pensylvania. Su proyecto sólo sirvió para que otros lo mal aprovecharan más tarde. Notables fueron igualmente sus diseños para el monumento conmemorativo de la Independencia, que el gobierno del Gral. Santa Anna trató de erigir en la Plaza de Armas, consistente en una elevada columna de ricos materiales, de 54 varas de alto, rodeada de los héroes de la Independencia y con el genio de la Libertad por remate. ❀

Con su acostumbrada pericia llevó también á cabo el Sr. Hidalga numerosos trabajos de agrimensura é hidráulicos, y montó las turbinas de las fábricas de la Fama y del Molino de Santa Mónica.

Profesaba la máxima de que todo debe ser razonado en arquitectura, y el estilo que adoptó constantemente fué el del Renacimiento en su forma más pura, esto es, desechando la mezcla del arco con la plata banda para un mismo cuerpo. Recién llegado al país, abrió una Academia particular de arquitectura y Matemáticas, y fundó y desempeñó más tarde la clase de arquitectura del Colegio Militar.

Su celo por el arte que profesó y el interés que le inspiraba la enseñanza en México, le indujo á publicar con fecha 25 de Enero de 1854, en el periódico "El Siglo XIX," una bien concebida y razona-

da carta, (1) en la que, haciendo notar los adelantos realizados en la Academia de Bellas Artes en los ramos de pintura, escultura y grabados, y el notorio atraso en el de arquitectura, llamaba la atención de la Junta Directiva de la propia Academia, acerca de la conveniencia de hacer venir de Europa un profesor de composición arquitectónica, á fin de que los cursantes de arquitectura no se encontrasen circunscritos como lo estaban, al estudio de la construcción únicamente. Consecuencia de tan oportuna y persuasiva indicación, fué el que la Junta de la Academia al poco tiempo acordara, á propuesta de D. Bernardo Couto, contratar en Europa un director de aquella asignatura; y con efecto, á fines de 1856 quedaba contratado como tal en Roma D. Javier Cavallari por el Sr. Larráinzar, representante de México en la Ciudad Eterna.

No se hicieron esperar los favorables resultados de las enseñanzas del referido profesor, y mayores adelantos artísticos habrían realizado los alumnos de arquitectura de la Academia de San Carlos, si la estancia de Cavallari en el país hubiera sido de mayor duración.

Un hombre de la inteligencia, saber, actividad y trato social que distinguían á Hidalga, no es extraño que ejerciera gran

(1) La reprodujo el periódico "La Verdad" en el número del 11 de Febrero de 1854.



ascendiente sobre cuantos le conocían y trataban, y grande le tuvo, en efecto, lo mismo que con el presidente Santa Anna, con el emperador Maximiliano; y figuró como arquitecto del Imperio hasta la caída de éste, sin más interrupción que el breve tiempo que gozó de alguna privanza en la Corte el arquitecto Rodríguez Arangoity. A la desaparición del Imperio sufrió Hidalgo considerable quebranto en sus intereses, ya por habersele escaseado el trabajo profesional, ya por negocios poco afortunados en que tomó parte.

Varias fueron sus aficiones artísticas no limitadas á la arquitectura. Cultivó con cierta pericia la pintura á la acuarela y la miniatura al pastel, siendo consumado en el dibujo de las fisonomías. Por encargo suyo ejecutó su retrato al óleo y de tamaño poco mayor que el natural, D. Pelegrín Clavé, que es una de las mejores obras del pintor; al paisajista D. Eugenio Landessio, con quien mantuvo estrecha amistad, encomendóle tres grandes cuadros que respectivamente representan: un ingenio en la Hacienda de Colón, una vista de la Hacienda de Matlala, con un grupo de venados, y la arquería de la misma Hacienda con la familia Hidalgo. Encargos suyos fueron asimismo los cuadros de "El Nacimiento" y "Los Hebreos," de Joaquín Ramírez, "La tempestad en la barca" de Rafael Flores, y dos estatuas en

mármol de los escultores Sojo y Soriano, con destino á la casa de campo de Buenavista, de que antes se ha hecho mérito.--Tan desprendido y generoso fué Hidalgo, cuanto enemigo de la ostentación. Conducíase como gran señor en todo y por tal le denunciaba al menos perspicaz su aventajado exterior y grave continente. Reunió cuantos títulos pudo obtener un sujeto de su profesión en México. Fué académico de la de San Carlos, miembro del Ateneo mexicano, presidente de la sección de Bellas Artes, de la Comisión científica, literaria y artística establecida por los franceses y presidida por Mr. D'Outrelaine; miembro de la sociedad de Geografía y Estadística, socio del Real Instituto de arquitectos británicos, arquitecto de Palacio y de la Iglesia Catedral, etc.

Falleció el 15 de Junio de 1872, á consecuencia de una fiebre perniciosa que contrajo al estar dirigiendo unas excavaciones en la casa de Guardiola, habiéndosele sepultado en el Tepeyac. En su sepulcro se lee esta sencilla inscripción: "Lorenzo Hidalgo, arquitecto." Si se hubiera encomendado su epitafio, no á la modestia de sus deudos, sino á la posteridad justiciera, menester habría sido grabar el siguiente: "Lorenzo Hidalgo, insigne arquitecto y cumplido caballero."

Febrero de 1901.